

zante, tiránica, inquieta, dispuesta á arrollarol todo; la otra, obstinada, fria, resuelta á encastillarse en sus antiguas prácticas, sin conceder nada, ni aun al tiempo, que al devorar los años, ha cambiado tambien las costumbres, y sin querer abrir las páginas del Evangelio, y leer la palabra *caridad*, que se encuentra en cada una de sus líneas.

El choque era inevitable; la exaltacion iba dentro de pronto á no tener límites; los partidos ya sin esperanza, sin medio de transaccion, iban á replegarse á sus fortificaciones, inscribiendo unos en sus plazas y castillos *Libertad*; los otros en sus banderas y en sus palacios *Religion*, miéntras en la casa pacífica del labrador, aislado en medio de los campos, se escribia: *Incendio, sangre, muerte*.

Yo no he podido, no he debido decir mas: estas pocas líneas explican mis sentimientos, y yo interpelo formalmente á los hombres de bien de todos los partidos, si algunas veces en el silencio de su hogar, y hallándose frente á frente con su Dios, con su corazon y con su patria, no han pensado alguna cosa parecida á lo que yo pensé, y no han sentido alguna cosa semejante á lo que yo sentí. Cada uno tiene su conciencia, y yo no quiero escudriñar los senos incomprensibles y profundos del corazon.

Yo tuve mi conciencia para obrar: me equivoqué. La independencia de mis opiniones me perjudicó; mi carácter incompleto me puso en el abismo de donde yo habia retirado el pié: la necesidad de la propia defensa me ha obligado á decir lo que he dicho.

VI.

Hemos visto los principios extraños de esta revolucion, y los medios en verdad poco eficaces que se pusieron: verémos en algunas páginas mas los resultados diametralmente opuestos á lo que se esperaba.

Las contestaciones á que he hecho referencia en el antecedente capítulo, hacian renacer la confianza del Sr. Comonfort, y pensaba que la caprichosa fortuna le continuaria sus sonrisas y favores: sin embargo, la falta de contestacion de Morelia nos preocupaba vivamente: ella vino en persona, y no por escrito: una comision

de la legislatura de Morelia se encargó de traerla. ¿Cuáles fueron los pormenores de esto? Lo ignoro: el caso es, que la carta del general Zuolaga con mi posdata al calce, cayó como una bomba de á placa en el seno del Congreso.

La Cámara que, dígase lo que se quiera, por noticias de algunos diputados, ó por otros conductos, sabia ya lo que pasaba, deseaba con ansia un documento oficial para proceder. El Sr. Comonfort, luego que supo la llegada de los diputados de Morelia, tuvo una conversacion con ellos, trató de apaciguarlos, y de ver si podia darle otro giro á las cosas: todo fué en vano, y el lunes siguiente, á su llegada á la capital, tronó en la cámara la tempestad contra mí, como era natural. Las proposiciones, á cual mas acerbadas, se sucedian en la mesa, y la exaltacion no conocia límites: por fin, se me acusó oficialmente, y se pasó el expediente á la seccion del Gran Jurado, que desde ese mismo momento comenzó á instruir la causa, citándome á declarar por medio de un oficio.

Rehusé uno y dos dias el ir, y el dar respuesta alguna; pero al fin algo tenia que hacer, porque las cosas no podian quedar así: tomé mi resolucion, y pasé un oficio á la seccion del Gran Jurado, diciéndole, que no pudiendo negar mi firma, *era yo único responsable de todo, y nada*

tenia que añadir. Esta respuesta no sé si entónces se interpretaria como ün rasgo de arrogancia, ó como un descomunal desafío que yo hacia, arrojando, como quien dice, el guante á la cara del partido puro: nada de eso hubo: no podia hacer otra cosa mas que lo que hice.

¿Conjurar la revolucion? No podia, no estaba en mi arbitrio. ¿Transigir, y que todo volviera al estado de ántes? Ya lo habia intentado el Sr. Comonfort con la diputacion de Michoacan, sin haberlo podido conseguir. ¿Presentarme en la Cámara? A qué? Habria tenido forzosamente que declarar todo lo que habia pasado, y convertirme en un vil denunciante de todos los que hasta entónces estaban comprometidos en el mismo camino que yo, comenzando por el Presidente de la República.

Mientras mas he reflexionado despues, mas me he afirmado en la idea de que en este período crítico, el único paso ménos desacertado que di, fué ese.

Lo que ahora escribo, segun el afecto ó enemistad que tengan conmigo las diversas personas que lean estas Memorias, podrán valuarlo como disculpas frívolas, ó como razones mas ó ménos sólidas; pero si en un momento de miedo ó de debilidad yo hubiera hecho el papel de denunciante, único que me quedaba que hacer ante el jurado, de seguro que habria perdido

real y positivamente la estimacion de todo el mundo, y nada podria decir nunca que me vindicase de un cargo semejante.

Ahora que cada una de las personas que aquí menciono, ha ido tomando decididamente su puesto en las escenas políticas; ahora que otras ántes que yo se han ocupado en hablar de este asunto, creo que á nadie daño, á nadie perjuicio, y esta es otra de las razones de haber por tanto tiempo guardado silencio, y de hacer hoy esta publicacion, cuando muchos testigos de lo que refiero, pueden, ó desmentirme, ó rectificar las equivocaciones, que no es extraño haya cometido, al hacer una tan larga narracion.

Tres ó cuatro dias fueron de fiebre, de combinaciones inciertas é infructuosas, de dudas y de vacilacion de parte del Sr. Comonfort, que verdaderamente aflijido y deseoso de acertar, no encontraba ya ni plan que pudiese satisfacerlo, ni consejo bastante que lo sacase de la situacion en que estaba. En cuanto á mí, con esa resignacion estúpida del salvaje que se ve arrebatado por la corriente, me ocupaba en redactar las iniciativas, cuyo borrador conservo, y que ya no hubo tiempo de presentar.

La revolucion armada era ya inevitable. O la tropa de línea, á cuya cabeza se hallaba el general Zuloaga, tenia, con la voluntad, ó sin la

voluntad del Sr. Comonfort, que saltar á la arena, ó el Congreso, que se veia amenazado por el Ejecutivo, habria tomado la iniciativa, apoyado en los cuerpos de guardia nacional, cuya opinion, con algunas excepciones, se manifestaba en aquellos momentos contraria al movimiento.

Una tarde los Sres. D. Manuel Siliceo, D. Juan José Baz, D. José María Revilla y Pedreguera y Lic. D. Mariano Navarro, tomaron un coche, se fueron á Tacubaya, y arreglaron allí con el general Zuloaga y demas gefes de la brigada *el plan llamado de Tacubaya*, y escribieron los borradores de las proclamas y demas documentos.

Cerca de las diez de la noche, me buscaron en el teatro, y me participaron que ya todo estaba hecho, y que era preciso írselo á comunicar al Sr. Comonfort. El Sr. Siliceo, el Sr. Navarro y yo nos dirigimos á Palacio, y encontramos al Presidente algo indispuerto y en momentos de recojerse. Apénas supo lo acaecido, y leyó el plan, que ya estaba hasta impreso, cuando se dejó caer en el sofá con el mas profundo desaliento, diciendo:

—Acabo en este momento de cambiar mis títulos legales de Presidente, por los de un miserable revolucionario; en fin, ya está hecho, y

no tiene remedio. Acepto todo, y Dios dirá por qué camino deberémos marchar.

A poco, animado, alegre, activo, se levantó, y como si se le hubiese quitado un peso de encima, pareció decidido á obrar.

Se dispuso que la brigada del general Zuloaga, sin escándalo, ni cohetes, ni repiques, ocupara la ciudad en la madrugada, que salieran comisionados ó extraordinarios á Cuernavaca, Toluca, Puebla y otros puntos, donde habia tropas, y hecho esto, nos dirigimos al telégrafo de Veracruz y al del Interior, que estaban en Palacio, á comunicar el plan íntegro á los Sres. gobernadores, que lo eran D. Manuel Gutierrez Zamora y D. Manuel Doblado.

Al dia siguiente, por el telégrafo de Veracruz, recibimos las actas del pronunciamiento por el plan de Tacubaya, de la tropa de línea y de la guardia nacional y autoridades: el Sr. Llave marchó á Córdoba personalmente á allanar algunas dificultades, y Córdoba y Orizaba se adhirieron al movimiento. El general Echeagaray con su brigada ocupó Puebla, habiendo dejado salir al gobernador, que no aceptó el plan, y así sucesivamente fueron recibiendo favorables noticias de Toluca, Tlaxcala, Cuernavaca, San Luis Potosí, Tampico y toda la costa de Sotavento y Barlovento; de manera, que con

excepcion del Sr. Doblado, que entabló por el telégrafo comunicaciones directas con el Sr. Comonfort, y del Sr. Parrodi, á quien no se le volvió despues á escribir, ninguna de las personas á quienes he mencionado, dejó de cumplir lo que habia ofrecido; y vuelvo á repetir, que se tenga bien presente, que todas ellas eran liberales, y en el curso del tiempo han dado pruebas aun de la exageracion de sus opiniones en este sentido. Ni una sola persona del partido contrario tomó parte en este movimiento.

En cuanto á dinero, con algunos fondos que habia en Veracruz y lo que yo siempre tenia en Tesorería, que no bajaba de veinticinco á treinta mil pesos, se hizo todo: no hubo ni cohechos, ni sobornos, ni gastos escandalosos, ni contratos degradantes con el clero para modificarle, á cambio de dinero, la ley de 25 de Junio, ni papeles revolucionarios de crédito, ni nada, en fin, que perjudicara las rentas ó menoscabara el honor del gobierno. Ahí están los libros de la Aduana de Veracruz en poder del Sr. Juárez, y aquí están las cuentas de la Tesorería y Comisaría, donde pueden registrarse á cualquiera hora todas las partidas que son de pagos hechos á las brigadas y guarniciones.

A pesar de todas estas circunstancias, el partido puro de México rompió decididamente con

el gobierno desde el dia siguiente á la proclamacion del plan de Tacubaya. El Sr. Juárez en su calidad de presidente de la Corte de Justicia, y el Sr. D. Isidoro Olvera en la de presidente del Congreso, fueron reducidos á prision por el general Zuloaga, y el uno llevado al Palacio y el otro á Santo Domingo á la habitacion misma que ocupaba el general Parra.

Los Sres. D. Guillermo Prieto y D. Luis Gutierrez Correa renunciaron sus empleos en el Correo. El Sr. D. Santos Degollado y los dos Sres. Farías se marcharon en una carretela al Interior; los oficiales mayores de las Secretarías del Despacho renunciaron tambien sus puestos; D. Miguel López, gefe de uno de los mejores cuerpos de la guardia nacional, desprendido y modesto como era Balderas, se retiró á su casa sin escándalo y sin ruido; lo mismo hizo el Sr. Trias, hablándonos con toda franqueza á mí y al Presidente. Los Sres. generales Quijano, Alcérreca y otros levantaron actas, adhiriéndose al plan de Tacubaya, y cumplieron como caballeros y como amigos del Sr. Comonfort. El Sr. Rangel, con una decencia y una abnegacion dignas de elogio, siguió muchas veces en contra de su opinion desde el principio, las fases y modificaciones de esta revolucion, exponiendo su vida ántes que faltar á lo que habia prometido

al Sr. Comonfort, siendo el último que quedó en la plaza cuando triunfaron los contrarios, y retirándose á su casa sin aspirantismo y sin poner en juego intrigas ni resortes algunos: el silencio y la moderacion de su conducta han sido, en mi juicio, los mejores testimonios que ha podido dar á las personas sensatas de los dos partidos.

Así pasaron las cosas de la noche del 17 á la del 18 de Enero de 1858.

VII.

El Rubicon se habia pasado, como quien dice. ¿Y qué iba á seguir? Eso preguntaban todos los habitantes de México; y lo mas curioso y singular es, que esa pregunta tuvimos que hacernos durante muchos dias el Sr. Comonfort y yo en nuestras conversaciones íntimas.

El Congreso, que se decia alarmaba á toda la sociedad, habia quedado cerrado: la Constitucion,